

Sison, A.J.G. (2003): El alma hambrienta (A review of Leon Kass, "The Hungry Soul", Chicago, University of Chicago Press, 1999), Nuestro Tiempo, 586, April, 103-109

El alma hambrienta

En cierto sentido podría decirse que la historia humana comenzó con una comida: justo en el momento en que Eva primero, y luego Adán, comieron del fruto prohibido. Lo triste era que no tenían por qué haberlo hecho; para saciar su hambre ya tenían los frutos de los demás árboles del jardín de Paraíso. Si así lo hicieron, en el fondo no sólo era porque tenían hambre, sino porque deseaban además poseer una determinada ciencia, la ciencia del bien y del mal que -según Dios-no les convenía. Desde entonces, toda la humanidad ha estado sufriendo bajo los efectos de una especie de indigestión de la que jamás nos hemos recuperado.

¿Cuáles son las manifestaciones actuales de esta "mala digestión"? En primer lugar, una preocupación desorbitada por la comida y todo lo que haga referencia a ella. No sólo por las proporciones casi epidémicas de gente afectada por patologías alimentarias, como la obesidad, la anorexia y la bulimia, sino también por la proliferación de todo tipo de regímenes y dietas, a pesar de tener recomendaciones tantas veces contradictorias, entre personas aparentemente sanas. El interés por la comida claramente ha ido más allá de lo que cabría esperar a resultas de un cuidado normal de la salud. Los efectos perversos de este "empacho integral" se constatan también en la vigencia de una "gastromanía epicurea consumista". Según la ley de Engels, cuanto más rica sea una población, menor es la proporción de sus ingresos que se destina a la comida. Sin embargo, esta tendencia general no obsta para que entre individuos con un elevado nivel de renta disponible, haya muchos quienes se dediquen sin cansancio a probar y a saborear el manjar más raro, el más exquisito y el más caro, para luego hacer alarde de ello ante sus amigos. (Mientras que en los países pobres, las amas de casa trabajan más de 8 horas al día simplemente para poder poner algo en la mesa, las madres del primer mundo pueden pasar un tiempo comparable eligiendo entre diversas marcas y variedades de yogurt en las estanterías del supermercado.) Esta fascinación sibarita trasciende el ámbito propio del comer convirtiéndose en tema de libros y revistas, de películas, de obras de teatro, de programas y hasta de canales de televisión. Estas obras artísticas no dejan de ser una vía de escape esteticista para la sublimación de una inclinación tan profundamente arraigada y sentida en el ser humano.

Contra este conjunto de males que aflige -paradójicamente- a los miembros de la llamada "sociedad de bienestar" acude el Dr. León Kass, con su libro "El alma hambrienta. El comer y la perfección de nuestra naturaleza" (Chicago/ Londres, University of Chicago Press, 1999). Seguramente habrá muy pocas personas mejor preparadas que él para acometer esta tarea. Médico y bioquímico de formación, y filósofo de vocación, el profesor Kass dirige el programa de Artes Liberales y el Centro John M. Olin para la Investigación de la Teoría y la Práctica de la Democracia de la Universidad de Chicago. Anteriormente, en 1969, fundó el Centro Hastings, el primer instituto de bioética en EE.UU., y en 1970 fue nombrado Secretario Ejecutivo del Comité de las Ciencias de la Vida y la Política Social del Consejo Nacional de Investigación/Academia Nacional de las Ciencias. En 2001 fue designado director del Consejo de Bioética del presidente Bush.

La terapia que propone el Dr . Kass no promete una curación inmediata sino que consta de varios pasos, algunos de los cuales incluso podrían parecer -a primera vista- innecesarios. Pretende explicarnos qué representa la comida para el ser viviente en general, qué significa comer y para qué se realiza esta actividad. Luego, pasa a adoptar la perspectiva peculiar de los seres humanos, en cuanto miembros del reino animal y como especie particular. Acaba ofreciéndonos una serie de reflexiones sobre el perfeccionamiento del ser humano mediante la cultura y la ritualización -también religiosa- de la comida.

"Comida" es para el viviente cualquier cosa que se come: otros seres vivos, sus partes y sus productos. En cuanto comida, un ser vivo deja de considerarse por lo que es, según su forma natural, ya que lo único que importa es su materia, que es potencialmente comida para otro. Aquí se manifiesta la gran paradoja que entraña la comida: que para preservar la propia forma y vida haya que destruir primero la forma y vida ajena. Comida es, estrictamente, el producto final de la

digestión -para el ser humano y otros animales superiores, la sustancia química elaborada por el organismo justo antes de ser absorbida por los intestinos- más que el objeto inicial de apetencia o de ingestión. Por tanto, el aparato digestivo anterior a la absorción, lejos de ser un mero conducto inerte, funciona más como una cocina o un caldero en el que el propio organismo se prepara su alimento, tal como le conviene. Hasta la bacteria más sencilla sabe elegir o prepararse la comida que le conviene y le gusta.

"Comer" significa, al mismo tiempo, una acción transitiva y otra reflexiva. Es transitiva porque comer exige ser alimentado por otro, bien por aquél que se da como comida, bien por aquél que ofrece la comida. Por eso, comer o alimentarse siempre apunta a un "acto social", presuponiendo alguna relación de comunidad entre el individuo que come y el que es comido o el que ofrece la comida. En el caso particular de los mamíferos, las crías comen de la propia sustancia de su madre: por vía intravenosa cuando aún estén en su seno, y una vez nacido, de la leche de su pecho. El comer de esta manera establece unos vínculos íntimos especiales entre madre e hijo, proporcionándoles un gozo tal que sobrepasa la mera satisfacción del hambre.

Por otra parte, comer también indica una acción reflexiva o inmanente -similar a pensar pensamientos o ver lo visible-. Un mismo individuo es, al tiempo, el sujeto y el objeto que se alimenta, aunque medie la sustancia de otro. Es decir, cuando comemos, asimilamos lo que comemos a nuestra propia sustancia, a nosotros mismos, en lugar de transformarnos en la sustancia ajena de aquello que comemos. Según explica muy bien Kass, "Comer constituye la apropiación, incorporación y de-formación de otro ser complejo, y su homogeneización en elementos simples, de cara a su transformación en la sustancia de uno mismo como ser complejo." (26) Comer denota la transformación física y química de otro en uno mismo, hasta que por fin forme parte de uno mismo.

Parte de la comida que se ingiere es utilizada por el organismo transformándolo en su propio ser, en su propio cuerpo, y parte se consume como energía, para poder realizar diversas actividades vitales. La comida no sólo sirve para mantenerse o para reparar el propio organismo, sino que se emplea sobre todo para el crecimiento, que es algo más que el mero aumento de tamaño del cuerpo. El crecimiento verdadero, desde luego, conlleva la biosíntesis,

el proceso por el que distintos materiales inertes se transforman y se incorporan en las células, en los tejidos y en los órganos del ser vivo; pero implica sobre todo "la información -la formación y la organización de uno desde dentro" (29) . El crecimiento auténtico consiste, más que en el aumento del tamaño del organismo, en que el ser vivo alcance su madurez.

Ni el comer ni la comida propiamente dicha sería posible si no fuera por la forma sustancial, que en el caso del ser vivo no es otra cosa sino su alma. Para Kass, el alma representa, más que un concepto teológico, un concepto biológico. La forma no es sólo lo que se opone a la materia o a lo material, sino que es, principalmente, un orden. De manera similar, el ADN o el "código de la vida" no es tanto un elemento químico como la información que esa sustancia lleva. La forma es el principio que ordena, de modo que organiza -dando unidad e integridad- a elementos por sí mismos inconexos. La forma es lo que define al ser vivo y lo que permite que subsista, por encima del cambio continuo de sus materiales que supone el metabolismo. La materia del ser vivo cambia, su forma o alma permanece. Además, la forma del viviente tiene tal fuerza que no se agota con tan sólo mantenerlo en existencia, sino que le da además la posibilidad de aprehender la realidad (sensación, percepción o conocimiento), tender hacia algo o buscarlo como algo bueno (apetición o volición) y actuar sobre el mundo circundante cambiándolo (acción).

Una vez aclarada qué es la comida para el ser viviente, qué significa comer y por qué, Kass pasa a explicar el caso especial y único del ser humano. En virtud de su forma sustancial y desde la perspectiva particular de su alimentación, el ser humano puede definirse como un "omnivorosus Erectus", un ser omnívoro que está de pie. Aunque constituye su postura natural, al ser humano le cuesta ponerse de pie, le supone un esfuerzo constante mantenerse erguido. De ahí que observe nuestro autor que la actitud natural del hombre es una de resistencia: el estar de pie de modo constante y estable en contra de la tendencia que marcan las fuerzas físicas.

A continuación, enumera unas cuantas consecuencias que se derivan de nuestro estar habitualmente de pie y analiza su significado para nuestra conducta alimentaria. En primer lugar, estar de pie libera a nuestros miembros superiores o brazos de modo que ya no hacen falta para aguantar o llevar al resto del cuerpo. Pueden servir ahora para llevar a cabo nuevas funciones, como sucede especialmente con la mano que, con la posición peculiar del pulgar, se convierte en

una herramienta prensil, en el instrumento de los instrumentos. Entre esas funciones está, por supuesto, la de coger o agarrar la comida.

En segundo lugar, nuestro estar de pie -y el consiguiente desarrollo de la mano- repercute también en la disposición de la cabeza y de la cara, así como en el orden de importancia de nuestros sentidos. A diferencia de los demás animales, el ser humano no se mueve según el eje marcado por su canal digestivo sino según la dirección indicada por la vista. En la cabeza humana la vista sustituye al olfato como sentido dominante, como sentido que además reconoce a los seres en su integridad. Con la vista podemos percibir las cosas sin estar en contacto con su materia, por lo que se le atribuye un carácter "eidético" o formal. (72) Y por

debajo de los ojos y la nariz se encuentra la boca con la lengua, el órgano del gusto por excelencia. El sonido o el olfato nos pueden advertir de la presencia de algo comestible, y la vista y el tacto nos pueden conducir hacia él, pero el gusto es el único que nos permite realmente entrar en contacto con él. (87) En el ser humano, la boca ha adquirido nuevas capacidades tales como las de expresar sentimientos y articular palabras, sin dejar de cumplir por eso con todo lo que se refiere a su función básica en la alimentación. Como señala Kass, "lo que entra la boca alimenta -es decir, proporciona material- para el cuerpo; lo que sale de la boca alimenta -es decir, informa- la mente." (75)

Fijándose en la boca humana, uno descubre que está dotada de una amplia variedad de dientes: incisivos, para cortar y roer; caninos, para romper y rasgar; premolares, para esquilar o trasquilar; y muelas, para moler. (85) El tipo de diente que predomina en la boca de un animal se asocia no sólo con su dieta o régimen alimenticio sino también con ciertos rasgos de su temperamento: el nerviosismo del ratón y la languidez de la vaca; la ferocidad del carnívoro, dispuesto a luchar y matar para obtener su comida y la paz y serenidad del herbívoro rumiante. La dentición corresponde, entonces, al ambiente o "perimundo" en el que el animal puede encontrar su comida y sentirse a gusto. En el caso del ser humano está claro que ese ambiente coincide con el mundo mismo, en toda su anchura y largura: la multipotencia y falta de especialización de su dentadura revela que es un ser omnívoro.

Que el ser humano esté biológicamente preparado para ser omnívoro conlleva que el comer para él siempre se torne en un problema u objeto de decisión. Más que cualquier otro animal, el ser humano elige lo que come; juzga -aunque sea en este nivel tan básico- lo que es "bueno" para que él se lo coma. En otras palabras, en el aparato digestivo del hombre encontramos una plasmación inequívoca de su ser libre y racional, porque de otra forma no sobreviviría, moriría de inanición. La libertad pide la racionalidad, y ambas exigen la ética como camino hacia la solución acertada entre las múltiples posibilidades de error. Dicho de otra forma, para el ser humano no hay respuesta inmediata a las exigencias del apetito y del hambre, porque tiene que mediar antes el gusto, y junto con él, la libertad y la razón. Esta circunstancia explica por qué experimentamos un dilema cada vez que tenemos que elegir entre lo que nos gusta y lo que nos alimenta; entre lo que sabe bien o nos apetece y lo que nos conviene. Porque es omnívoro, cualquier ser humano es potencialmente un "gourmand": el placer que deriva de la comida no se limita sólo al gusto sino que se extiende también al intelecto: la mente se deleita en identificar y distinguir la variedad de sabores. Por tanto, comer para el ser humano no puede consistir únicamente en llenar el vientre, sino que tiene que satisfacer también a una aspiración más elevada y refinada, la de conocer y apreciar lo conocido y gustado.

Ser omnívoro implica libertad, y la libertad exige la razón para llegar a una decisión o una determinación de comer, porque sólo se puede comer cosas concretas. Ahora bien, la razón, de forma habitual pide algunas reglas para facilitar su funcionamiento; y las más básicas suelen formularse según la manera de prohibiciones universales. En el caso del ser humano, la prohibición más fundamental se refiere al canibalismo: ni el ser humano ni la carne humana sirve de comida apropiada. Junto con el tabú del incesto, esto podría considerarse como la base de toda civilización. El perfeccionamiento del ser humano a través del comer exige, como cualquier actividad propiamente humana, de la ética.

Un ser humano no come a otro; antes bien lo cuida y lo alimenta. Las personas humanas nos reconocemos en aquellos que pasan por períodos prolongados de necesidad y dependencia - los niños y los ancianos- así como en aquellos que manifiestan debilidad -los enfermos y los extranjeros-. En su vulnerabilidad nos recuerdan de nuestra propia dependencia de la providencia, así como de nuestro relativo bienestar gracias precisamente a esa providencia. Nos impulsan -en gratitud- a acudir en su ayuda con la hospitalidad de nuestra mesa. (103)
Mientras que

alimentarse a sí mismo es instintivo y obligatorio, alimentar a los demás con quienes compartimos la humanidad es un acto libre, liberal y generoso. (107)

Según el relato del Génesis, nuestros primeros padres eran recolectores, y sólo comían de los frutos de los árboles. No fue hasta después del diluvio, en la "segunda creación" del mundo con Noé, que los seres humanos empezamos a matar y comer otros animales: a partir de entonces nos tornamos además en cazadores. Según Kass, este cambio de forma de conseguir el alimento, de ser recolectores a ser cazadores, fue el hecho que propició la "comida familiar". En un grupo de recolectores apenas existe la necesidad de compartir ya que cada cual come directamente de lo que recoge. Entre los compañeros de caza, en cambio, hace falta cooperación; no sólo para perseguir y capturar las piezas, sino también para prepararlas para luego ser comidas. En este sentido, el compartir las piezas de la caza bien podría ser el origen de la comida familiar.

Aún más radical, sin embargo, fue el cambio que significó el pasar de ser cazador a ser agricultor. Con la agricultura viene el pan y el vino, los cuales, en opinión de Kass, constituyen la comida humana por antonomasia. El grano de trigo, por sí mismo, es indigesto para el ser humano; pero el agricultor lo puede convertir en pan. Esta transformación implica dejar una forma de vida nómada para adoptar otra sedentaria, adueñarse de la tierra; significa también el empleo de la técnica para labrar la tierra, abonar los cultivos, cosecharlos y transformarlos en algo comestible. Requiere, en fin, el ejercicio de la prudencia: retener las experiencias del pasado para intentar aprender de ellas y trabajar en el presente con vistas y en preparación para el futuro. Pero la prudencia se manifiesta todavía mejor con la producción del vino: sólo el ser humano fermenta el vino. El vino representa un nivel de vida que se ha elevado por encima de la mera subsistencia, porque sólo se dejan fermentar las uvas que no se necesitan comer para sobrevivir. (126) Y el vino que se ofrece al huésped es señal de mayor liberalidad y largueza todavía. No sólo se da de lo que a uno le sobra, sino que lo que uno comparte, lo da con alegría: compartiendo el vino comparte alegría.

Para que una comida sea humana no basta con que sean humanos los comensales ni que la comida sea apta para el consumo humano. Se exige, además, una forma o un modo humano de realizar la actividad de comer. ¿En qué consiste el modo de comer civilizado que -según Kass- refuerza el "estar de pie" distintivo de nuestra humanidad?

Parece requerir, ante todo, que comamos junto con otros, con nuestros semejantes. Eso es lo que significa originariamente "compañía": cum panis, estar junto con otros para partir el pan. Porque los seres humanos comemos juntos hacen falta costumbres que rijan no sólo el qué

sino también el dónde, el cuándo, con quiénes y sobre todo el cómo comemos. En todos estos detalles quedan expresadas nuestra humanidad. El saber comer junto con otros es una señal inconfundible de un hombre civilizado, de una persona preparada para la vida ciudadana. Las buenas costumbres de la mesa o la "pequeña ética" (etiquette) como la llaman algunos forman parte, en realidad, de la ética, porque expresan las virtudes de la templanza, la justicia, la preocupación por los demás y la prudencia.

Los placeres de la mesa no sólo son los placeres gustatorios de la comida. Incluyen igualmente un conjunto de otras cosas entre las cuales se cuenta el estar con las personas queridas. Desde que el primer padre cazador distribuyó las piezas de su caza, debidamente aderezadas por su mujer, entre sus hijos, otros miembros de la familia y amigos, hacemos algo más en la comida que simplemente saciar nuestra hambre. Disfrutamos también del ambiente o lugar, de la disposición de las cosas y, por supuesto, de las personas que nos acompañan o que parten "pan con" nosotros. Agradecemos su conversación en torno a la mesa -tantas veces, la comida es una mera excusa para hablar- y de algún modo nos damos cuenta de que, sin el diálogo, la mesa no sería tan distinta de un comedero.

Los humanos siempre elevamos del suelo la comida que tomamos, la ponemos sobre la mesa, e incluso cuando no hubiera una mesa, al menos la ponemos sobre una especie de mantel que igualmente la separe del suelo. Nos servimos de todo tipo de utensilios especializados. Hay reglas sobre lo que sería permisible o conveniente hacer con las manos, con la boca y con los ojos durante una comida en la mesa. Dicho de otra forma, los seres humanos siempre comemos de una manera autoconsciente: he allí la gran diferencia de los otros animales. Por eso, la comida siempre ha de estar guardada, además, de una especie de pudor protector; tiene algún elemento íntimo. Nos disgusta y nos repugna cuando el comer se convierta en un espectáculo público.

Toda comida verdaderamente humana tiene un elemento de fiesta: expresa cierta liberación de nuestras servidumbres naturales y se torna en ocasión para fomentar la amistad. También manifiesta lo mejor de una cultura, la concreción sublime de su arte. De ahí la importancia de preparar una buena comida para celebrar una buena fiesta. El anfitrión es como un director de orquesta que tiene que pensar en todo: el orden y la armonía de los platos y las bebidas, la escenografía, los vestidos, el acompañamiento musical, el lugar que ocupa cada huésped, los temas de conversación... En la comida, que es una obra de arte, queda reflejado el anfitrión, que es el artista. Una comida festiva llena tanto el estómago como la cabeza, ennoblece al ser humano entero.

No tiene nada de extraño, por tanto, que la consideración de la comida termine con una consideración sobre lo santo, sobre la comida ritual y santificada. El puesto que uno ocupa en la cadena trófica revela, de algún modo, su lugar en la jerarquía de los vivientes. Justamente por ser omnívoro, el ser humano se encuentra por encima de todos los seres vivos. Pero el hecho de que el hombre tenga que comer para sobrevivir indica ya en él una necesidad o penuria esencial: no es el Ser Absoluto. Al comer el hombre se percata de su finitud y de su relación de dependencia de Dios, que es el único Ser Absoluto.

Por eso es razonable que la religión -instancia que gobierna las relaciones entre los hombres y Dios- siempre tenga unas prescripciones alimentarias. La tradición judía a la que pertenece Kass insiste en estas reglas porque subrayan la diferencia entre el "pueblo elegido" y los gentiles: los judíos son "santos" y "puros" en la medida en que se separan y se distinguen -también en su conducta alimentaria- del resto de los hombres. Han de comer sólo lo que es "limpio y puro" para mantenerse "limpio y puro". Para la mentalidad judía, las prescripciones alimentarias que contienen el Levítico se obedecen no tanto por su aparente razonabilidad o científicidad, sino porque forman parte de los mandatos divinos. Y los mandatos de Dios, antes de cuestionarse, se deben obedecer. Las leyes religiosas que rigen la comida son una expresión de la necesidad del ser humano de moderar el deseo, el hambre y el apetito, antes de que se vuelvan demasiado peligrosos y acareen su propia destrucción. Obedecer a estas leyes porque provienen de Dios significa una renuncia a seguir los propios impulsos y reconocer el sometimiento de uno a Dios.

¿Cuáles son los principales aciertos de Kass en este intento de desarrollar la antropología alimentaria? En primer lugar, ha rehabilitado la noción de naturaleza de modo que sirva tanto para el estudio de la ciencia natural como de la ética. Y eso porque ha recuperado su orientación hacia metas y fines; le ha devuelto la teleología. De paso ha desechado la noción de naturaleza dominante en Occidente a partir del s. XVII según la cual ésta no es más que materia y movimiento: un modelo analítico-matemático que por sí mismo es neutral y ciego respecto de unos propósitos cualesquiera. Ha reconciliado, por tanto, el mundo de los hechos con el mundo de los valores o fines. En segundo lugar, Kass parece haber encontrado una novedosa determinación esencial o *proprium* del ser humano, como animal omnívoro y erguido. Por medio de esta vía ha demostrado cómo se puede explicar prácticamente en toda su amplitud y profundidad la constitución y la dinámica peculiarmente humanas. Sin embargo, su mejor acierto quizás sea el haber logrado presentar verdades que podríamos llamar "metafísicas" de manera que realmente se entiendan muy bien y que dé gusto captar y paladearlas: como cocinero experto ha podido preparar el guiso de estas enseñanzas en su punto.